

Pedro Aullón de Haro  
Fernando Gómez Redondo  
José Antonio Cordón  
Antonio Domínguez Rey  
Pilar Vieiro Iglesias  
Isabel Gómez Veiga  
M<sup>a</sup> Dolores Abascal Vicente  
Antonio Chicharro  
M<sup>a</sup> Victoria Sotomayor  
Alfonso Falero

## TEORÍA DE LA LECTURA

Edición de Pedro Aullón de Haro y M<sup>a</sup> Dolores Abascal



# ANALECTA MALACITANA

(AnMal)

ANEJO LXI DE LA REVISTA DE LA SECCIÓN DE FILOLOGÍA  
DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

www.anmal.uma.es

filespa@uma.es

## CONSEJO DE DIRECCIÓN

*Director:* MANUEL CRESPILO

*Editor:* JOSÉ LARA GARRIDO

*Editor adjunto:* GASPAR GARROTE BERNAL

*Coordinadores de edición:* BELÉN MOLINA HUETE

CRISTÓBAL MACÍAS VILLALOBOS

*Secretaria:* BLANCA TORRES BITTER

*Administradora:* M<sup>a</sup> JOSÉ BLANCO RODRÍGUEZ

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier método o procedimiento (reprográfico, mecánico o electrónico) sin la debida autorización por escrito de los titulares del «Copyright».

© *Analecta Malacitana*

Campus de Teatinos/Universidad de Málaga

E-29071 Málaga/fax 952 134115

© Autores varios

ISBN: 84-95073-48-X

Depósito Legal: SE-3273-2006 U.E.

Fotocomposición: ANALECTA MALACITANA

Imprime: PUBLIDISA

Impreso en España — *Printed in Spain*

Produce: deLibro.com

## SOCIOLOGÍA DE LA RECEPCIÓN LITERARIA Y DE LA LECTURA (ASPECTOS INTRODUCTORIOS)

ANTONIO CHICHARRO

*No son las obras de arte y las formas  
las que deciden de sí mismas: quienes  
deciden sobre ellas son los hombres.*

L. L. SCHÜCKING

### 1. Introducción

En el complejo dominio de los estudios literarios contemporáneos se vienen desarrollando numerosas teorías que, dejando de lado posiciones textocentristas de distinta estirpe, han privilegiado el estudio del fenómeno literario desde el dominio de la recepción y de la lectura, si bien no ha de perderse de vista que no son pocos los estudios que se ocupan de la dimensión receptora o lectora como una suerte de simulacro, esto es, como estudio teórico y no empírico de lo que pueda suponer el acto de lectura como condición de la actuación del texto. Así, desde una perspectiva estético-literaria, fecundada por la fenomenología y la moderna hermenéutica, sobresalen los estudios de la influencia del público en la conformación de las propias obras al tener en cuenta el autor los gustos o apetencias de los receptores, así como la llamada estética de la recepción, que trata de hacer una nueva historia de la literatura en tanto que historia de las recepciones de los textos. También, desde la perspectiva semiótica, han sido sobresalientes las aportaciones de la pragmática, es decir, de la disciplina que se ocupa de las relaciones de los signos con sus usuarios y de las convenciones presentes o ejecutables en el proceso de comunicación literaria. Y, cómo no, en

el dominio de la sociología y de los estudios sociales de la literatura<sup>1</sup>, no sólo se han producido estudios estadístico-cuantitativos de la difusión del libro y del público literario, sino también estudios del fenómeno de la lectura mediante encuestas y otros instrumentos para indagar en los rasgos y funciones de determinados sistemas ideológicos, sin ignorar la importante aportación al conocimiento de las condiciones sociales de la producción y recepción y el mercado de los bienes simbólicos, etcétera. Para que el lector que lo requiera pueda hacerse una idea aproximada de la importancia, cantidad y variedad reflexiva al respecto, bastará con que consulte alguno de los panoramas bibliográficos de teoría de la literatura con que contamos<sup>2</sup>. Ahora bien, aunque disponemos de un buen número de estudios y panoramas por lo que concierne a las vías fenomenológico-hermenéuticas y semióticas, no ocurre así con la perspectiva sociológica de los estudios literarios, lo que me anima a ofrecer el presente trabajo de vocación introductoria. El dominio, pues, de nuestra atención se restringe *tout court* a los estudios sociológicos de la recepción y de la lectura de interés para los estudios literarios.

## 2. Una cuestión preliminar: Sociología de la literatura y estética de la recepción

Pues bien, una vez que hemos nombrado la estética de la recepción<sup>3</sup>, no conviene olvidar que esta corriente ha sido considerada de maneras bien distintas con respecto a la sociología de la literatura, toda vez que, como recuerda Alfredo

<sup>1</sup> Dado que la denominación de sociología de la literatura es comúnmente usada para señalar en una dirección de contornos tan anchos como imprecisos en la que nos encontramos teorías sociológicas de base positivista, trabajos sociológicos de base empírica, sociologías dialécticas de la literatura, estudios marxistas no propiamente sociológicos, estudios sociocríticos y, además, estudios de diversa índole, incluidas aquí especulaciones libres, racionalizaciones de experiencias creadoras y demás reflexiones metaliterarias sobre el poliedro literatura y sociedad, no está de más especificar al menos la existencia de un núcleo de estudios de inequívoco perfil disciplinar sociológico y, bajo el rótulo de estudios sociales, reconocer la de un heterogéneo grupo restante de estudios que alcanzan su fundamento en vías no sociológicas.

<sup>2</sup> Por citar sólo uno de los últimos publicados, puede verse el número 26, correspondiente al segundo semestre del año 2001, del *Boletín Galego de Literatura*, en el que A. Casas ofrece una «Bibliografía sistemática de Teoría Literaria» de más de 300 páginas, en la que bien por la vía de la historia de las teorías bien por una vía sistemática o bien por la propia de los géneros se encontrará con una información de partida al respecto.

<sup>3</sup> A este respecto puede verse en edición española: H. R. Jauss, «La historia literaria como desafío a la ciencia literaria» (1967), en H. U. *et alii* Gumbrecht, *La actual ciencia literaria alemana (Seis estudios sobre el texto y su ambiente)*, Anaya, Salamanca, 1971, págs. 37-114; H. R. Jauss, *La literatura como provocación*, Península, Barcelona, 1976 (1970); y H. R. Jauss, *Experiencia estética y hermenéutica literaria. Ensayos en el campo de la experiencia estética*, Taurus, Madrid, 1986 (1977), entre otros trabajos. Téngase en cuenta además J. A. Mayoral (ed.), *Estética de la recepción* (compilación de textos y bibliografía), Arco/Libros, Madrid, 1987.

Luzi<sup>4</sup>, las reflexiones sobre el carácter social del arte han acabado acercando la sociología de la literatura a la problemática de la estética de la recepción, aludiendo en particular a las reflexiones propiciadas por la Escuela de Frankfurt y por Sartre al localizar éste en el acto de lectura el momento de síntesis entre producción y recepción.

De una parte, se ha señalado la conveniencia de que la misma incluya la sociología del conocimiento<sup>5</sup> en su campo de investigación, lo que puede resultar prometedor para la misma sociología de la literatura, puesto que ésta no tiene claro sus propios fundamentos y límites, según el razonamiento de D. W. Fokkema y de E. Ibsch<sup>6</sup>.

De otra parte y en sentido bien contrario, se ha considerado la misma un desarrollo teórico de cierta sociología de la literatura que, a pesar de ampararse bajo una nueva denominación, no deja de ser una sociología, parte de una sociología de la comunicación literaria, según Carlos Reis<sup>7</sup>, aunque le mueva el deseo superador de estudiar las obras literarias sin desatender los textos, ni su carácter estético ni su dimensión social considerada desde la perspectiva de su recepción lectora, tal como plantea Gumbrecht<sup>8</sup>, quien en todo caso viene a afirmar que la consideración del modelo de ciencia literaria que propone como parte de la sociología de la comunicación no implica una subordinación jerárquica a una «sociología como metaciencia», sino la posibilidad de contribuir con los resultados de la investigación sobre fenómenos de historia literaria al

<sup>4</sup> A. Luzi, «Perspectivas actuales del método sociológico: lo literario y lo social», *Discurso*, 12/13, 1998/1999, págs. 89-102. Puede verse especialmente el apartado último del artículo que titula «La sociología de la literatura y la teoría de la recepción».

<sup>5</sup> La sociología del conocimiento o sociología del saber se ocupa del universo mental de la obra —la literatura es concebida como un modo de conocer y construir mentalmente la realidad— y lo explica por su estructuración a partir del universo social del que el autor es portavoz (cf. R. Prada Oropeza, *Literatura y realidad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999, págs. 23-26), esto es, se trata de un estudio sociológico cuyo objeto es «el modelado del sujeto de la Historia por la sociedad», según expone Francisco Ayala en su *Tratado de sociología* (Losada, Buenos Aires, 1947). Dicho con otras palabras, las de Salvador Giner —*Sociología*, Barcelona, Península, <sup>2</sup>1986, págs. 153-154—, «La sociología del conocimiento investiga los orígenes sociales de ideas, normas, creencias y valores de los grupos, y en especial de aquellas nociones que describen o pretenden describir la realidad. Por otra parte, también está interesada en el análisis de la conducta que se explica primordialmente a través de la existencia de tales contenidos de la conciencia colectiva». Existe, pues, una rama de la sociología del conocimiento que se ocupa de la literatura al servir éstos valores y gustos estéticos a los individuos, esto es, al ofrecer unos contenidos de conciencia. Por eso, esta vía orienta su atención, según Giner, a elementos subjetivos —los individuos portadores de una conciencia que conviven con una versión social del mundo que se ejecuta individualmente— y objetivos (la dimensión objetiva de la realidad cultural en tanto que coincide con el conocimiento que es común).

<sup>6</sup> D. W. Fokkema y E. Ibsch, *Teorías de la literatura del siglo xx*, Cátedra, Madrid, 1981, páginas 210-215.

<sup>7</sup> C. Reis, *Fundamentos y técnicas del análisis literario*, Gredos, Madrid, 1981, págs. 83-90.

<sup>8</sup> H. U. Gumbrecht, «Consecuencias de la estética de la recepción. o: La Ciencia literaria como Sociología de la comunicación», 1975, en J. A. Mayoral (ed.), *Estética de la recepción*, Arco/Libros, Madrid, 1987, págs. 145-176.

desarrollo del marco teórico de la sociología de la comunicación, formulando tres observaciones sobre el estatuto metateórico de una ciencia de la literatura como sociología de la comunicación. A saber: reflexión sobre los propios objetivos metodológicos, redefinición de lo estético atendiendo a las acciones expresivas y comprensivas y empleo de la plausibilidad y el consenso como criterios probatorios de los resultados de la investigación en relación con la hermenéutica.

Finalmente, es el caso de Pierre V. Zima<sup>9</sup>, se considera a la estética de la recepción como una corriente no objetiva e innecesaria desde una perspectiva sociológica, al concebir el arte situado por encima de los conflictos sociales, ideológicos y económicos. En este sentido y tras exponer algunos argumentos críticos bien fundados, Zima concluye que la estética de la recepción promovida por Jauss no ha realizado el proyecto de análisis de las normas y de los valores colectivos que determinan la lectura en una sociedad heterogénea en la que coexisten «objetos estéticos» contrarios, recomendando el abandono de esta vía de estudio en favor de la sociología de la lectura para poder representar así las relaciones entre la lectura o las lecturas y las diferentes escalas de valores que existen en una sociedad dada. La sociología de la lectura representaría en consecuencia una alternativa a la misma. En semejante dirección, apuntan las observaciones de Alfredo Luzi al reflexionar sobre las relaciones entre ambas vías de estudio. De ahí que afirme que, atenta a las conexiones entre cultura y sociedad, la sociología de la literatura tiende cada vez más a afrontar los problemas relativos a la gestión social del hecho literario como práctica de la comunicación<sup>10</sup>. Esto significa defender el carácter social y colectivo de la significación, rechazar las interpretaciones totalizadoras y relativizar en consecuencia el propio estudio del fenómeno literario, estudio que ha de presentarse en sus conexiones con el sistema social y cultural del que forma parte.

Estas afirmaciones necesitan, qué duda cabe, algunas matizaciones tras indagar en los supuestos paradigmáticos en que se asienta la estética de la recepción —las deudas teóricas con la hermenéutica, la sociología de Mannheim y el formalismo eslavo— y el lugar que ocupa en el seno de una poética. De todos modos, no puede negarse en principio una cierta fecundación sociológica de dicha corriente de estudio literario. Así, el sobresaliente papel teórico que juega la categoría de lector en ella y, en lo que nos interesa especialmente ahora, la concepción que mantiene del hecho literario como fenómeno histórico-social obligan a plantear en efecto las posibles relaciones que pueda mantener con la sociología de la literatura, puesto que considera las obras literarias en la dimensión social que supone su recepción, lo que le lleva a plantearse la investigación de aspectos empíricos relacionados con la circulación del libro, así como «centro de su interés es también la función social que pueda ejercer la literatura, especialmente en el ámbito en que se desarrolla la actuación del lector, y en el que se incluyen las

<sup>9</sup> P. Zima, *Manuel de sociocritique*, Picard Éditeur, París, 1985; L'Harmattan, París, 2000, páginas 201-213.

<sup>10</sup> A. Luzi, *op. cit.*, pág. 101.

experiencias que con la lectura ha incorporado a su visión del mundo y de la existencia», según razona Acosta<sup>11</sup>. Así justifica Acosta su aproximación a la sociología de la literatura en tanto que «antecedente» de la teoría de la recepción al defender la especificidad teórica de este tipo de estudios. A partir de aquí, se comprende que ponga en lugar destacado la sociología de Escarpit por haberse ocupado del estudio del acceso del público a la obra y de la influencia que ésta ejerce sobre aquél, lo que resulta positivo para la estética de la recepción. Y, por lo que respecta a las influencias de la sociología materialista, las aportaciones más sobresalientes para la estética de la recepción provienen, como resulta lógico, del estudio del autor y de la obra literaria en cuanto fenómenos sociológicos que repercuten finalmente sobre el lector. De Benjamin, por ejemplo, destaca el carácter renovador que presenta su tratamiento del pensamiento histórico: parte del concepto de tiempo presente y de la realidad presente que le lleva a llenar el tiempo de la historia con el tiempo actual. De Lukács, el efecto cognoscitivo de la obra sobre el lector, aunque se trate de un lector contemplativo. De Kosik, su concepto de la obra como realidad presente y su consideración del lector como elemento vivificador de la misma.

En cualquier caso, los estudios sociales y sociológicos de la recepción y de la lectura se vieron enriquecidos con un estudio pionero aparecido en la Alemania de los años treinta, estudio que también dejaría por supuesto su influencia en la *Rezeptionsästhetik*, de lo que vamos a tratar en el siguiente apartado.

### 3. Hacia una sociología del público y de la lectura

El público literario, como plantea Riezu<sup>12</sup>, no es en sentido sociológico estricto ni una institución ni un grupo social. Es una suerte de, siguiendo a Nuhlen, «forma duradera abstracta», pero real, que no se identifica con una clase social ni con un grupo profesional. Es la consecuencia de que la literatura constituya un fenómeno público<sup>13</sup>, «pero —tal como afirma Riezu— ello no significa una indeterminación infinita o ilimitada y por eso aquí comienza el interés y la problemática específica del público en relación con la literatura». Serán, pues, distintos estudios empíricos los que irán restando indeterminación hasta llegar al

<sup>11</sup> L. A. Acosta, «La sociología de la literatura», en *El lector y la obra (Teoría de la recepción literaria)*, Gredos, Madrid, 1989, págs. 29-53. No conviene olvidar, por otra parte, que las relaciones de la estética de la recepción con la sociología, con la sociología de la institución literaria promovida por Pierre Bourdieu más particularmente, han sido confrontadas, tal como se puede ver en el artículo de Odile Rioudet, «L'auteur, le livre et le lecteur dans les travaux de Pierre Bourdieu», *Bulletin des bibliothèques de France*, 48, 2, 2003, págs. 8-89.

<sup>12</sup> J. Riezu, *Teoría sociológica de lo literario*, Editorial San Esteban, Salamanca, 1993, páginas 104-109.

<sup>13</sup> Una explicación de la relación privado/público a propósito de la literatura puede verse en J. C. Rodríguez Gómez, *Teoría e historia de la producción ideológica. I. Las primeras literaturas burguesas*, Akal, Madrid, 1974, págs. 31-58.

estudio efectivo de lectores y, en consecuencia, de tipología social de lecturas, etc., además de que los mismos provean de ciertos útiles teóricos y metodológicos. Aunque contamos con estudios literarios particulares<sup>14</sup> que han abordado aspectos de este dominio de estudio desde la historia social y la socioestilística, sobresalen en todo caso las tempranas aportaciones de Levin L. Schüking a lo que él nombró como *Die Soziologie der literarischen Geschmackbildung* ya en el título de su libro, esto es, una sociología de la formación del gusto literario, lo que habría de enriquecer necesariamente una sociología del público y de la lectura.

La sociología del gusto y público literarios, como digo, tuvo una importante aportación en ese breve y clarificador trabajo de Schüking, publicado en 1931<sup>15</sup>, estudio que ha dejado notar también su influencia en tendencias como la denominada estética de la recepción aun partiendo de distintos presupuestos, tal como ha estudiado Acosta en su libro citado. Pues bien, en la base de esta teoría sociológica late la convicción de que

[...] el arte no posee un valor absoluto, sino que su aceptación depende del carácter de quienes lo aceptan, y ya que la imposición de un gusto determinado depende de poderes sociológicos no siempre puramente espirituales, el único criterio para valorar un arte que ha logrado imponerse es la duración de su efecto. Y esto [...] sucede [...], porque un arte que ha logrado mantener su reputación a lo largo de muchas generaciones tiene que haber pasado de un tipo que encarna el gusto a otro. Puesto que ha podido ofrecer algo a grupos de estructura psíquica tan diversa como son los que se suceden en la dirección del gusto al pasar los siglos, ha mostrado poseer valores capaces de sobrepasar una época determinada, valores ampliamente humanos (pág. 128).

Parece quedar claro que Schüking vincula el conocimiento del arte al análisis de procesos sociales y que considera necesario, puesto que sólo se ha venido estudiando la obra y el autor, tener en cuenta el cómo y el porqué del gusto del público en sus conexiones histórico-sociológicas, sin que por ello el texto resulte despreciado. Así lo afirma ya al comienzo del estudio:

La historia de la literatura, como en general la historia del arte, se ha ocupado hasta ahora casi exclusivamente de la obra de arte y del artista. Apenas si se ha rozado la cuestión del desarrollo del gusto artístico en el público, su «cómo» y su «porqué». A eso se debe que no se hayan comprendido ciertos fenómenos de la vida artística de los últimos decenios [...]. Pero las cosas dejan de parecernos misteriosas si las vamos en sus justas conexiones histórico-sociológicas.

<sup>14</sup> Ténganse en cuenta, por ejemplo, el trabajo de E. Auerbach, *Lenguaje literario y público en la Baja Latinidad y en la Edad Media*, Gredos, Madrid, 1969 (1958).

<sup>15</sup> L. L. Schüking, *El gusto literario*, FCE, México, 1950 (1931), reimp. 1969. Puede verse a este respecto, P. Ludz, «Marxismo y literatura. Introducción crítica a la obra de György Lukács», en G. Lukács, *Sociología de la literatura* (ed. original preparada por P. Ludz), Península, Barcelona, 1989 (1961), págs. 23-24.



Aparte de esta no pequeña aportación en su tiempo en lo que respecta a un cambio de perspectiva de estudio del fenómeno literario, cabe valorar, además de los análisis que efectúa de algunas instituciones y de su influencia en el gusto literario —los análisis responden, más que a una actitud empirista, al presupuesto materialista de análisis concreto de la realidad concreta—, su esclarecedora crítica de nociones tardorrománticas como la de «espíritu de la época». El teórico rechaza la existencia de un horizonte cultural único. Son, por el contrario, varios los «espíritus de la época», razona, al provenir de la existencia de grupos sociales diferentes, lo que no impide que, en un determinado momento y por una serie de factores materiales, uno de ellos se erija en dominante. Schüking, al tener conciencia de esta dominación, considera necesario fortalecer la actitud crítica:

Si, como dejamos sentado, un nuevo gusto, que ha surgido en cualquier parte, no representa en modo alguno el «espíritu de la época», sino sólo el espíritu de un determinado grupo, que puede no tener nada de portavoz de la época, habría que examinar de cerca a este grupo mismo antes de ceder a sus exigencias (pág. 129).

Curiosamente, el gusto que critica Schüking es el mismo que caracteriza a la estética de la recepción, según razona Sultana Wahnón<sup>16</sup>: crítica la tendencia dominante en su momento al valorar el arte según «la divergencia total del gusto acostumbrado», lo que coincide con esa «distancia estética» respecto del horizonte de expectativas en que, para Jauss, consiste el valor de todo arte.

El trabajo de Levin L. Schüking coincide en la bisagra de los años veinte y treinta con el desarrollo de ciertas investigaciones empíricas que van a alimentar la formación de, ahora sin adjetivos, una sociología de la lectura. Se trata, sobre todo, de estudios sobre los efectos sociales del libro antes que sobre lecturas efectivamente literarias, lo que ha sido dejado de lado por esta vía sociológica que, cuando se ocupa de la lectura de obras de ficción, no rebasa su tratamiento documental, según Leenhardt<sup>17</sup>, quien expone que la sociología de la lectura en tanto que subdisciplina sociológica tiene una historia unida a la coyuntura política, lo que explica su surgimiento, sobre 1929, por primera vez de modo organizado en la sociología americana, como veremos en un apartado siguiente. No debe extrañar, pues, que pasado el tiempo cobraran un gran desarrollo estudios sociológicos extrínsecos del público y de la lectura, coincidiendo con el desarrollo de una cultura de masas y de nuevos medios de comunicación, etc., en el seno de una sociología empírica de la literatura y que los estudios sobre *cómo* se lee que debería elaborar una sociología de la lectura al ocuparse de las obras de ficción y *cómo* se forma el gusto literario que señalaba el profesor alemán

<sup>16</sup> S. Wahnón, *Introducción a la historia de las teorías literarias*, Universidad de Granada, 1991, pág. 150.

<sup>17</sup> J. Leenhardt, «Introduction à la sociologie de la lecture», *L'Effet de lecture. Revue des Sciences Humaines*, XLIX, 177, 1980, págs. 40-55.

hubieran de esperar en la práctica hasta las dos últimas décadas del siglo xx para comenzar a desarrollarse.

#### 4. El estudio del público y de la lectura según la sociología empírica de la literatura

Por este motivo, no debe confundirse el tipo de estudio del consumo y público que propone la sociología empírica de la literatura con otros estudios de la recepción y del gusto literarios. En sociología empírica, razonaba Escarpit<sup>18</sup>, el estudio de la comunicación literaria es fundamentalmente el estudio de su difusión. Estivals<sup>19</sup>, por ejemplo, traza una teoría bibliológica en la que el estudio estadístico del consumo alcanza un notable protagonismo teórico a la hora de explicar la producción intelectual. Por eso, conviene recordar ahora los criterios con que opera Robert Escarpit en el estudio cuantitativo del público y de la lectura con objeto de que nos sirvan para establecer unos límites entre las distintas teorías sociológicas al respecto. Pues bien, la cuarta parte de su *Sociología de la literatura* la dedica a reflexionar sobre el consumo<sup>20</sup> y en la misma incluye los capítulos que se centran en el público y en la lectura. Respecto del público

<sup>18</sup> R. Escarpit, *Sociología de la literatura*, Oikos-Tau, Barcelona, 1971 (1958). El profesor Robert Escarpit, el más destacado representante de los investigadores del Instituto de Literatura y de Técnicas Artísticas de Masa (ILTAM) de la Universidad de Burdeos, en el que se habría de propiciar el desarrollo de la sociología empírica de la literatura, tiene además otras publicaciones que merecen destacarse: R. Escarpit, «Les méthodes de la sociologie littéraire» (1959), en W. Friederich, *Comparative Literature: Proceedings of the 11th. Congress of the International Comparative Literature Association*, 1, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1959, págs. 142-149; R. Escarpit (1962a), «La définition du terme Littérature», *Actes du III Congrès de l'Association Internationale de Littérature Comparée*, The Hague, Mouton, S. Gravenhage, págs. 77-89 (en R. Escarpit et alii, *Hacia una sociología del hecho literario*, Edicusa, Madrid, 1974, págs. 257-272); R. Escarpit (1962b), «Histoire de l'histoire de la littérature. Définitions de l'histoire et de la littérature», *Histoire des Littératures*, III, Gallimard, París, págs. 1737-1800; R. Escarpit, *La revolución del libro*, Alianza, Madrid, 1968 (1965); R. Escarpit, *Escritura y comunicación*, Castalia, Madrid, 1975 (1973); R. Escarpit, *Théorie générale de l'information et de la communication*, Hachette, París, 1976; R. Escarpit y N. Robine, *Atlas de la lecture à Bordeaux*, CSFL, Bordeaux, 1963; R. Escarpit y N. Robine (1966), *Le livre et le conscrit*, Cercle de la librairie, París, ILTAM, Bordeaux; R. Escarpit et alii, *La Profession d'Écrivain*, ILTAM, Bordeaux, 1968; R. Escarpit (ed.), *Le littéraire et le social. Éléments pour une sociologie de la littérature*, Flammarion, París, 1970 (trad. española: *Hacia una sociología del hecho literario*, Edicusa, Madrid, 1974); R. Escarpit y R. E. Barker, *El deseo de leer*, Península, Barcelona, 1974 (1973); R. Escarpit (ed.), *Dictionnaire international des termes littéraires*, Éditions Francke, Berna, 1984.

<sup>19</sup> R. Estivals, «Creación, consumo y producción intelectuales», en R. Escarpit et alii, *Hacia una sociología del hecho literario*, Edicusa, Madrid, 1974 (1970), págs. 165-201.

<sup>20</sup> En la bibliografía española contamos con un estudio sobre el consumo literario: E. Gastón, *Sociología del consumo literario*, Los Libros de la Frontera, Barcelona, 1974. Lo que ofrece su autor es un coyuntural análisis sociohistórico de la cultura literaria como fuerza de control social y de la pasividad social producida o resultante del consumo de la misma, teniendo como telón de fondo el abundante desarrollo de los *mass media* y de la cibernética.

dice que en el acto de creación literaria existe ya un público interlocutor, aunque puedan existir grandes diferencias entre este público y aquel al que se dirige la publicación, preguntándose cómo es posible que una obra literaria destinada inicialmente a un público interlocutor que puede reducirse a una sola persona (dedicación de poemas, novelas, epístolas, etc.) pueda mantener su eficacia tras pasando esta barrera y siendo depositada en numerosos lectores, en el gran público. Su respuesta es ésta: Todo escritor es prisionero de la ideología de su público y medio social. La comunidad de evidencias en el interior de una colectividad queda fijada por la comunidad de los medios de expresión y, en primer lugar, por el lenguaje. Así pues, en el plano lingüístico, el escritor sólo dispone del vocabulario y de la sintaxis que la comunidad emplea para expresar sus evidencias. Aparte de la determinación impuesta por el lenguaje, existen otros tipos como las que imponen los géneros y formas literarias y el estilo, que es la comunidad de evidencias transpuesta en formas, temas e imágenes. La lectura no se corresponde en principio con el consumo del libro, ya que ésta no debe ser un medio sino un fin en sí misma. Además distingue el acto de lectura como un acto sociable y asocial al mismo tiempo, porque en este último caso el individuo al leer suprime las relaciones con el universo que le rodea para constituir otras con el universo de la obra, al ser todo acto de lectura casi siempre un recurso contra el medio, es decir, una evasión.

En cuanto al método para analizar el fenómeno de la lectura, recomienda tener en cuenta los datos relativos a las tiradas y al consumo de papel, el número de analfabetos, el número de niños —que no leen—, el número de libros no vendidos, y por tanto virtualmente no leídos. Así pues, el libro representa, según Escarpit, sólo una pequeña parte de las lecturas posibles y una parte aún más pequeña de las lecturas efectivas. Pero cómo determinar las lecturas que son literarias. Para responder a esta pregunta expone su noción de literatura: es literaria toda obra que no es un instrumento, sino un fin en sí. Consecuentemente es literaria toda lectura no funcional, es decir, la que satisface una necesidad cultural no utilitaria. Por otra parte, el conocimiento del hecho literario plantea para Escarpit problemas de psicología individual y de psicología colectiva. El método para comprender un fenómeno que es a la vez individual y colectivo consiste en estudiar de manera sistemática y sin ideas preconcebidas los datos objetivos, siendo de entre éstos los estadísticos los que en primer lugar permiten resaltar las grandes líneas del hecho literario, líneas que son interpretadas por medio de otros datos objetivos que le proporcionan el estudio de las estructuras sociales que encuadran al hecho literario y el estudio de los medios técnicos que lo condicionan: así, regímenes políticos, instituciones culturales, clases y categorías sociales, estatus económico y legal del escritor, del librero, del editor, problemas lingüísticos, historia del libro, etcétera. Finalmente, Escarpit afirma que puede llegarse al estudio de los casos concretos según los métodos de la literatura general o de la literatura comparada: éxito de una obra, evolución de un género o de un estilo. Pero en esta fase, señala que los datos subjetivos pueden alcanzar su máximo

desarrollo y valor, por lo que propone el empleo de encuestas y otros procedimientos similares que permitan dar la significación a los fenómenos observados objetivamente.

Pero, además, conviene recordar ahora otras consideraciones que sobre la lectura efectúa Escarpit en un trabajo encargado por la UNESCO y publicado en 1973 junto con Ronald E. Baker, un estudio de vocación práctica en el sentido originario de la disciplina sociológica. En el libro *El deseo de leer* se ocupan ambos autores de los problemas que suscita tal deseo de lectura en el mundo de ese momento, con particular atención a la situación existente en los países en vías de desarrollo, y la necesidad de hacer de la lectura un hábito como factor capital del progreso. Pues bien, Robert Escarpit ofrece allí unas reflexiones generales sobre la lectura que conviene recordar ahora, por cuanto nos servirán para comprender el alcance de las posiciones de Leenhardt a favor de una sociología de la lectura literaria, de lo que me ocuparé en el último apartado. Para el profesor de Burdeos, la observación directa del comportamiento lector no revela más que la postura y no el acto de lectura. La estadística sólo proporciona datos, dice, datos sobre volumen, ritmo e inserción social de un consumo de documentos impresos que no significan necesariamente lectura, no sirviendo el método de la encuesta más que para facilitar testimonios personales que son «las más de las veces, una sarta de ilusiones»:

La mayoría de las encuestas sobre la lectura —dice después<sup>21</sup>— tratan de determinar la cantidad y la naturaleza de los libros leídos por una población, así como el tiempo y el dinero dedicados por dicha población a la lectura. Siguiendo este sistema de investigación se pueden obtener resultados estadísticos del mayor interés, pero, de hecho, son difícilmente aprovechables, pues se llega a la conclusión de que la mayoría de esos datos no permiten generalizar.

A lo más que puede llegarse en un estudio de este tipo es a hacerse una idea del lugar que ocupa la lectura en la existencia de grupos de individuos o en el sistema de comunicación, pero sin estar seguro de que se trate en todos los casos del mismo fenómeno. Esto es lo que le lleva a afirmar que no hay lectura —acto que consiste en descifrar un texto escrito— sino innumerables clases de lectura, según afecte al desciframiento de una o varias de las múltiples claves que componen un texto, concluyendo que la lectura es a la postre la reconstrucción por parte del lector de una obra nueva, caracterizada por un enfrentamiento «entre los constreñimientos del texto y la predisposición que el lector aporta a su acto de lectura». En este sentido, las obras literarias ofrecen menos constreñimientos que otras «funcionales» como las que se encuentran en libros científicos, técnicos, etcétera. A partir de aquí, se dispone a ofrecer los resultados de su estudio sobre los hábitos de lectura y cómo hacer llegar el libro al lector y al lector hasta el libro.

<sup>21</sup> R. Escarpit, y R. E. Barker, *El deseo de leer*, Península, Barcelona, 1974 (1973), pág. 152.

#### 4.1. Otras teorías sobre el estudio del público y de la lectura

Esta vía empírica de estudio sociológico, aun reconociendo el fenómeno de la recepción literaria y de la lectura, se limita cuantitativamente con respecto a las mismas dejando la responsabilidad de su estudio a las disciplinas y teorías literarias. A este respecto, los estudios críticos de Ricardo Senabre<sup>22</sup> sobre literatura y destinatario o público, por su parte, difícilmente alcanzarían justificación en las vías sociológicas no sólo por utilizar datos e informaciones particulares más que estadísticos, aunque considere que éstos serían interesantes de allegar, sino muy particularmente por la orientación estética de la idea directriz que los preside: explicar el hecho de que una obra pueda ser como es porque su autor, deliberada o inconscientemente, ha tenido en cuenta el carácter, los gustos o las apetencias de sus posibles receptores, lo que supone ante todo una indagación literaria, eso sí, infrecuente, cuya necesidad ha sido justificada por teóricos no afines a la sociología de la literatura, tales como Jakobson o Vodicka<sup>23</sup>, según Senabre<sup>24</sup>. En definitiva, lo que persigue es el estudio de un problema particular que no sólo «no invalida el carácter artístico de la obra literaria sino que, por el contrario, puede ayudar a poner de relieve, precisamente, su nivel estético», lo que lo separa, dice, de enfoques sociológicos que incurren en una hipervaloración de las circunstancias externas a la obra y se alejan de ésta como elemento estético<sup>25</sup>.

Otros teóricos, sin despreciar la investigación empírica, amplían el marco de su preocupación sociológica por el público literario. Es el caso de Mury<sup>26</sup>, quien valora positivamente el estudio de los aspectos cuantificables en este sentido por permitir eliminar prejuicios e impresiones vagas y ser imprescindibles para ulteriores exploraciones sociológicas cualitativas del público literario, en las que pueden emplearse hipótesis teóricas como la lukacsiana-goldmanniana de conciencia posible. Noël Salomon<sup>27</sup>, por su parte, considera insuficiente el es-

<sup>22</sup> R. Senabre, «El influjo del público en la estructura de la obra literaria», en *Historia y estructura de la obra literaria (Coloquios celebrados del 28 al 31 de marzo de 1967)*, CSIC, Madrid, 1971, págs. 19-28; y R. Senabre, *Literatura y público*, Paraninfo, Madrid, 1986.

<sup>23</sup> Poca duda cabe acerca de la importancia que, en el seno de los estudios literarios, poseen las aportaciones teóricas del «formalismo» checo para el desarrollo de los estudios semióticos y, más particularmente, para el desarrollo de los estudios pragmáticos y de la recepción. Su aportación a una teoría de la lectura puede verse en algunos trabajos de Mukarovski y Vodicka. Así: J. Mukarovsky, *Arte y Semiología* (introd. de S. Marchán Fiz), Alberto Corazón, Madrid, 1971; J. Mukarovski, *Escritos de estética y semiótica del arte* (selección, prólogo, notas y bibliografía de J. Llovet), Gustavo Gili, Barcelona, 1977; F. Vodicka, *La historia literaria: sus problemas y tareas*, Ediciones Episteme, Valencia, 1995 (1942), Eutopías, segunda época, vol. 109; F. Vodicka, «Historia de la repercusión de la obra literaria», en E. Garroni et alii, *Lingüística formal y crítica literaria*, Alberto Corazón, Madrid, 1971 (1964), págs. 49-61.

<sup>24</sup> R. Senabre, *Literatura y público*, págs. 14-15.

<sup>25</sup> R. Senabre, «El influjo del público en la estructura de la obra literaria», pág. 20.

<sup>26</sup> G. Mury, «Sociología del público literario», en R. Escarpit et alii, *Hacia una sociología del hecho literario*, Edicusa, Madrid, 1974 (1970), págs. 203-218.

<sup>27</sup> N. Salomon, «Algunos problemas de sociología de las literaturas de lengua española», en J. F. Brotel y S. Salaün, *Creación y público en la literatura española*, Castalia, Madrid, 1974, págs. 15-39.

tudio del mercado del libro, por lo que la sociología de la literatura debe ocuparse de la recepción ideológica y afectiva de la obra, entrando así en contacto con la historia de las mentalidades. El sociólogo Pierre Bourdieu<sup>28</sup>, por su parte, realiza interesantes aportaciones al estudio de las condiciones sociales de la producción y la recepción literarias, sin despreciar tampoco por ello la aproximación empírica, eje de su metodología, según Villanueva<sup>29</sup>, lo que explica su concepción de la literatura como institución fruto de la estructura de un determinado *campo* capaz de inducir el reconocimiento del aura correspondiente por la sociedad<sup>30</sup> y su rechazo de todos esencialismo e inmanentismo lingüístico. En concreto, sus reflexiones sobre el mercado de los bienes simbólicos y sobre lo que dio en llamar *le champ artistique* (Bourdieu, 1980) —la historia hecha cosas— y *habitus* —la historia hecha cuerpo— han sido las de mayor eco, pues apoyan la hipótesis «de un desligamiento del objeto cultural con respecto a las variaciones de la infraestructura»<sup>31</sup>. Así pues, el campo literario en nuestro caso viene a ser un campo esencialmente autónomo nutrido por los escritores que tienden a no conocer más reglas que las de su propia tradición y a liberar su producción de toda servidumbre externa, económica, política, etc. Pero los objetos culturales no poseen sólo un valor simbólico sino también mercantil, lo que explica la existencia de un campo de producción restringida, no sometido a las leyes del mercado, y un campo de producción masiva, éste sí sometido a criterios mercantiles, que encierran un valor literario inversamente proporcional. El *habitus* es un sistema de pautas y estructuras regulador de las prácticas culturales y el consumo tanto de los grupos y clases sociales como de los individuos. Bourdieu da entrada, pues, en sus investigaciones al dominio institucional de la cultura en sus más importantes facetas. Así, su investigación sociológica se ve orientada

<sup>28</sup> P. Bourdieu (1971a), «Champ du pouvoir, champ intellectuel et habitus de classe», *Scolies*, 1, págs. 7-26; vers. esp.: «Campo intelectual, campo del poder y habitus de clase», *Campo del poder y campo intelectual*, Folios Ediciones, Tucumán; P. Bourdieu (1971b), «Le marché des biens symboliques», *L'année sociologique*, 22, págs. 49-126; P. Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, 1988 (1979); P. Bourdieu, *Questions de sociologie*, Minuit, París, 1980; P. Bourdieu, *El sentido práctico*, Taurus, Madrid, 1991 (1980); P. Bourdieu, *¿Qué significa hablar? La economía de los cambios lingüísticos*, Akal, Madrid, 1985 (1982); P. Bourdieu, *Lección sobre la lección*, Anagrama, Barcelona, 2002 (1982); P. Bourdieu, «Le champ littéraire. Préalables critiques et principes de méthode», *Lendemain*, 36, 1984, págs. 5-20; P. Bourdieu, *Homo Academicus*, Minuit, París, 1984; P. Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona, 1995 (1992); P. Bourdieu, «Por un corporatismo de lo universal», *Criterios. Revista de Teoría de la Literatura y las Artes, Estética y Culturología*, 32, 1994, págs. 7-12; P. Bourdieu, *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*, Anagrama, Barcelona, 1997 (1994); P. Bourdieu, *Meditaciones pascalianas*, Anagrama, Barcelona, 1999 (1997); P. Bourdieu, *Les Usages sociaux de la science. Pour une sociologie clinique du champ scientifique*, Institut National de la Recherche Agronomique, París, 1997; P. Bourdieu, *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, 2000 (1998); P. Bourdieu, *Cuestiones de sociología*, Istmo, Madrid, 2000; P. Bourdieu y A. Darbel, *L'amour de l'art. Les musées d'art européens et leur public*, Minuit, París, 1974.

<sup>29</sup> D. Villanueva, «La nueva sociología literaria», *Saber leer*, 66, 1993, págs. 4-5.

<sup>30</sup> D. Villanueva, *loc. cit.*, pág. 5.

<sup>31</sup> E. Cros, *Literatura, ideología y sociedad*, Gredos, Madrid, 1986, pág. 37.

desde un principio a la vinculación de la educación y la sociedad en la transmisión cultural y los privilegios culturales. Ahí quedan sus libros *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto* (1979), en el que estudia, sobre la base del método de encuesta y con un sentido crítico de la teoría que le lleva a romper con el empirismo sociologista, los comportamientos y las discrepancias de clase, los gustos culturales y los estilos de vida; *El sentido práctico* (1980), donde formula sus conclusiones generales y una teoría de la acción; *¿Qué significa hablar? La herencia de los cambios lingüísticos* (1982), que constituye una aportación al estudio de los aspectos institucionales del discurso que vincula con los intereses de clase; *Homo Academicus* (1984), donde se ocupa de la institución de la enseñanza; y *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* (1992), su último trabajo de envergadura, que tiene un extraordinario interés para los estudios literarios y el conocimiento de la literatura en sus aspectos institucionales, por cuanto pretende con él sentar las bases de una «ciencia de las obras» que se ocupe tanto de la producción material de las mismas como de la producción de su valor, pretendiendo superar así los planteamientos restrictivamente sociológicos al tiempo que muestra críticamente los tópicos de la autonomía e impenetrabilidad de la obra de arte. Esto explica que, para Bourdieu, conocer la génesis del campo literario y de las creencias que lo sostienen, los aspectos lingüísticos, los intereses y relaciones simbólicas y materiales, no sólo no destruya la experiencia literaria, sino que la haga más intensa. No es asunto menor haber sabido abrir nuevas vías de estudio sociológico de la realidad de la cultura y de su proceso de transmisión, haciendo entrar en sus análisis dominios propios como la cuestión social del gusto, dejados de lado por lo común o abordados de modo escasamente fundamentado. De todas formas, el grueso de su aportación se orienta antes a una sociología de la institución literaria que a una sociología de la lectura<sup>32</sup>. Tampoco es corta su aportación a los estudios literarios desde su desmitificadora perspectiva sociológica que se lleva por delante ciertas comunes nociones acerca de los autores y del funcionamiento de la institución literaria. La sociología por él practicada pretende ser una ciencia de los poderes simbólicos capaz de devolver a los sujetos sociales el dominio de las falsas trascendencias que el desconocimiento crea y recrea sin cesar, esto es, lo que persigue no es otra cosa que contribuir a una ciencia iconoclasta de las sociedades que haga progresar el conocimiento y la conciencia de los mecanismos que originan todas las formas de fetichismo<sup>33</sup>.

Planteada, pues, la necesidad teórica del estudio de la recepción y gusto literarios en un sentido más complejo que el puramente estadístico-cuantitativo, se está desarrollando una sociología de la lectura literaria que tiene en Jurt<sup>34</sup>,

<sup>32</sup> Según el artículo citado de Odile RiouDET, Bourdieu se ocupa más de los autores que de los lectores en sus estudios y aportaciones sobre el concepto de campo literario, siendo menos sensible que los analistas de la recepción al papel activo del lector.

<sup>33</sup> P. Bourdieu, *Lección sobre la lección*, Anagrama, Barcelona, 2002 (1982), pág. 35.

<sup>34</sup> J. Jurt, *La réception de la littérature par la critique journalistique. Lectures de Bernanos (1926-1936)*, Jean-Michel Place, París, 1980.

Leenhardt y Józsa<sup>35</sup> notables cultivadores. Estos últimos, por ejemplo, orientan sus estudios de la lectura indagando, a partir de encuestas, los rasgos y funciones de determinados sistemas ideológicos, como expondré con mayor detenimiento en el apartado siguiente. Por otro lado, no conviene olvidar que esta específica vía de estudio cuenta con los precedentes teóricos de base dialéctica, como los trabajos de Schücking y Galvano della Volpe<sup>36</sup>. Sin embargo, aunque mantengan cierta filiación marxista contradictoria —no se olvide su fundamental perspectiva fenomenológica— y resulten caladas por una radical preocupación social, las reflexiones de Jean-Paul Sartre<sup>37</sup> sobre literatura, escritor y público no pueden ser encuadradas, por así decirlo, entre estos precedentes. Su *¿Qué es la literatura?*, pregunta desdoblada a su vez en tres nuevas y fundamentales interrogaciones —¿Qué es escribir?, ¿Por qué escribir? y ¿Para quién escribir?— es toda una indagación acerca del compromiso existencialista, de la acción lectora y del público históricamente considerado.

##### 5. Una teoría y metodología sociológicas para el estudio de la lectura literaria

Tal vez sean las reflexiones de Jacques Leenhardt y, muy especialmente, el concreto estudio sociológico de la lectura emprendido en colaboración con Józsa, algunas de las aportaciones de mayor interés a la hora de abordar el fenómeno de la lectura de manera que, aun procediendo empírica y estadístico-cuantitativamente, no se deje de lado el estudio de la lectura como actividad estética, al menos en algunos de sus aspectos relacionados antes con su proceso intelectual-sensible que con el estudio de su función<sup>38</sup>.

<sup>35</sup> J. Leenhardt, *Lectura política de la novela. «La Celosía» de Alain Robbe-Grillet*, Siglo XXI, México, 1975 (1973); J. Leenhardt (1980), «Introduction à la sociologie de la lecture», *L'Effet de lecture. Revue des Sciences Humaines*, XLIX, 177, págs. 40-55; J. Leenhardt, «Les effets esthétiques de l'oeuvre littéraire: un problème sociologique», en M. Poulain (dir.), *Pour une sociologie de la lecture. Lectures et lecteurs dans la France contemporaine*, Editions du Cercle de la Librairie, París, 1988, págs. 59-79; J. Leenhardt, «Le "savoir-lire" ou des modalités sociohistoriques de la lecture», *Littérature*, 70, mai, 1988, págs. 72-81; J. Leenhardt, «Hacia una sociología de la lectura», en M. A. Jofre y M. Blanco (eds.), *Para leer al lector. Una antología de teoría literaria post-estructuralista*, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago, 1992, págs. 91-107; J. Leenhardt y P. Józsa (colab. de M. Burgos), *Lire la lecture. Essai de sociologie de la lecture*, La Sycomore, París, 1982.

<sup>36</sup> G. della Volpe, *Crítica del gusto*, Seix-Barral, Barcelona, 1966 (1960); G. della Volpe, *Historia del gusto*, Alberto Corazón, Madrid, 1972 (1971).

<sup>37</sup> J. P. Sartre, *¿Qué es la literatura?*, Losada, Buenos Aires, 1976 (1948).

<sup>38</sup> El presente artículo aspira sobre todo a introducir al lector en los aspectos fundamentales de la discusión teórica al respecto y no pretende ser exhaustivo. No obstante, ténganse en cuenta algunos estudios —teóricos, metateóricos, históricos y empíricos— que, producidos en nuestro propio ámbito, pueden servirle para recorrer el territorio del problema teórico de la lectura como asunto literario, histórico y social. Se trata de, por orden cronológico: M. Chevalier, *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, Turner, Madrid, 1976; M. Cabada Gómez, *Para una teoría de la lectura literaria*, Colegio Universitario, Vigo, 1980; M. Cabada Gómez, *El rendimiento de*



Según Leenhardt, como he dejado dicho, la sociología de la lectura en tanto que subdisciplina sociológica tiene una historia unida a la coyuntura política norteamericana de finales de los años veinte del pasado siglo. En aquella coyuntura, con el desarrollo de las investigaciones sociológicas sobre el tema de la delincuencia, motivadas por los problemas de inserción social que las minorías habían tenido en las dos primeras décadas del siglo, las investigaciones sobre aspectos educativos comienzan a ganar en importancia. Aquí se justifica la nueva atención que se presta a la lectura como factor educativo e integrador. Por eso, el pedagogo y el bibliotecario, los principales intermediarios del libro y fundamentales agentes socializadores, se convierten en elementos clave en el proceso de reconstitución del consenso. Surgen los primeros trabajos empíricos sobre las funciones de la lectura en dicha crisis —los estudios de Douglas Waples y Berelson, por ejemplo—, preocupación sociológica que no va a tener continuidad en los años de la posguerra. Lo que, sin embargo, ocurre después es la aparición de un interés sociológico por el estudio de los medios de comunicación, oponiéndose así lectura a visión y cultura auténtica a cultura de masas, etcétera. Aunque, según este sociólogo, hay algunos estudios acerca de la función formativa de la lectura y acerca del libro e incluso comienza a observarse ya una preocupación por el cómo se lee antes que por lo que se lee, los estudios sociológicos de la lectura no se preguntan por el proceso de lectura seguido en el caso de obras de ficción, por lo que Leenhardt concluye que la actividad intelectual y sensible que es la lectura, concebida como hecho social, no ha entrado aún con pleno derecho en el campo de la disciplina. El sociólogo no se interesa por la misma. Y cuando lo hace, se aproxima a ella en cuanto que libro o documento. Así, la sociología de la lectura, marcada en su origen por una preocupación casi exclusiva por los efectos sociales del libro y relacionada epistemológicamente con el empirismo y con la teoría de la comunicación, difícilmente puede salir fuera de los límites impuestos por la conocida cuádruple pregunta formulada: ¿Quién? ¿Qué? ¿Cuándo? ¿Por qué? De alguna manera así sigue siendo en no corta medida si es que reparamos en los observatorios de la lectura existentes en Europa y en los parámetros y aspectos sociológicamente indagados —sólo excepcionalmente se pregunta por el placer de la lectura, por muy abstracto y poco cuantificable que resulte este parámetro—: usuarios de bibliotecas y medios de comunicación, número de libros leídos y comprados en un periodo de tiempo, horas dedicadas a la lectura al día o semanales, localización de los lectores,

---

*la literatura según la forma de lectura*, Colegio Universitario, Vigo, 1982; J. C. Mainer, «Notas sobre la lectura obrera en España (1890-1930)», en F. García Tortosa *et alii*, *Literatura popular y proletaria*, Universidad de Sevilla, 1986, págs. 53-123; G. Márquez Cruz, «Sociología de la lectura en España. De los orígenes de la organización bibliotecaria a la burocratización (1808-1939)», *Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios*, año 4, núms. 12-13, 1988; M<sup>a</sup> A. Hermosilla Álvarez, «La lectura literaria», en J. A. Hernández Guerrero (coord.), *Manual de teoría de la literatura*, Algaida, Sevilla, 1996, págs. 155-175; V. Infantes, F. López y J. F. Brotel (dirs.), *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 2003.

tiempo en conseguir un libro, tipología de lectores y géneros literarios, condiciones socioculturales y hábitos de compra y de lectura, tipo de lectura (integral, fragmentada o paralela), lectura y educación, lectura y familia, motivaciones de la lectura, lectura y rendimiento académico, etcétera<sup>39</sup>.

Una vez expuestos los anteriores argumentos, Leenhardt se ocupa de la cuestión del *cómo*<sup>40</sup> en sociología de la lectura, esto es, pretende abordar el fenómeno de la lectura como una actividad intelectual y/o sensible. En este sentido, comienza estableciendo una distinción entre el texto como elemento actuante en el proceso de lectura y la lectura misma como un modo de clasificar las aproximaciones al problema. En relación con el primer aspecto, Leenhardt señala la existencia de aproximaciones críticas que, como la propiamente retórica o la semiótico-estructuralista, son textuales, lo que quiere decir que, en estos casos, el lector no es más que un tercero en relación con el texto, siendo legible en el mismo. Sólo aparece apuntado por estrategias diversas que la retórica tiene inventariadas o como destinatario, implícito o explícito (Iser y su lector implícito y Genette y su narratario), o como objeto de seducción. Sin embargo, las aproximaciones fenomenológicas, psicoanalíticas, socio-históricas, etc., conceden otra importancia a la lectura. Pues bien, entre éstas, Leenhardt considera finalmente que la crítica ideológica, la estética de la recepción y su propia sociología de la lectura constituyen variantes de una aproximación histórico-sociológica a las relaciones existentes entre el texto y el lector.

Aunque —doy paso a la exposición de los presupuestos de su reflexión sociológica— la palabra lectura ha terminado por tomar el sentido de interpretación, tal como pone de manifiesto el título de su mismo estudio *Lectura política de la novela*. «*La Celosía*» de Alain Robbe-Grillet, el sociólogo establece una distinción entre la lectura de la crítica académica y la de los así llamados lectores comunes, categoría esta última en la que incluye a los lectores profesionales de editoriales. Los dos grupos vienen a diferenciarse en la disposición o actitud que mantienen con el texto. Los críticos académicos o críticos intérpretes mantienen una fidelidad con el texto por cuanto parten de una concepción de que el texto significa

<sup>39</sup> En un estudio de Anne Signorini sobre las imágenes del lector *fuerte* o lector asiduo en las investigaciones europeas, la autora realiza un análisis comparativo de los resultados de distintas encuestas y estudios sociológicos llevados a cabo por instituciones oficiales, universidades, entes de investigación sociológica y editoriales de Italia, Francia, España, Portugal, Inglaterra y Alemania sobre lectura, en la que se demuestra la diversidad existente entre esos países de parámetros y metodología sociológicos empleados, diversidad de criterios a la hora de clasificar las obras literarias, distinta definición de lector *fuerte* como sujeto social y económico, entre otras cuestiones, concluyendo que en países en los que la lectura es una práctica difundida se utilizan indicadores cuantitativos superiores a los utilizados en países donde se lee menos.

<sup>40</sup> No debe olvidarse que el objeto de estudio del *cómo* se lee, con el que se persigue en un principio avanzar más allá de la simple identificación de los lectores y con el que al menos se trata de superar ciertas reductoras ideas acerca de la lectura que la consideran como una actividad determinada exclusivamente por el libro o creen por el contrario en el subjetivismo más absoluto del lector, está siendo abordado por Roger Chartier, historiador francés del libro y de la lectura que cuenta con numerosas investigaciones.

en sí, tratando de desaparecer delante del mismo con objeto de restituirlo en su propia evidencia. Sin embargo, esta preocupación es totalmente ajena al lector ordinario, al que Leenhardt llama simplemente lector por oposición a crítico intérprete. El lector no se plantea la cuestión de la diferencia entre lectura e interpretación: él sabe que el texto significa para él y no en sí. Tampoco le concierne la norma que regula el trabajo del intérprete: la *adecuación*. No hay corte o separación entre dos funciones, la lectora y la interpretativa, como en el caso del crítico. El crítico opera además con la posibilidad de cometer unos errores interpretativos provenientes de actuar bajo esta norma. En la práctica concreta de la interpretación se opera además con otras dos normas que Leenhardt llama *legitimidad* y *acierto*. Cuando el trabajo interpretativo, más allá del respeto de la primera norma o a pesar de la misma, persigue la aprobación de un poder institucional, ya sea social, político o académico, este trabajo se somete total o parcialmente a la norma de *legitimidad*. Para el lector esta norma legitimadora no tiene ninguna relevancia. En cuanto al *acierto*, éste no depende de ninguna institución sino del público. Pues bien, el *acierto* entra en dependencia del gusto individual y de la capacidad económica de los individuos. La norma del *acierto* puede resultar contradictoria en relación con una u otras normas. Pues bien, ninguna de estas tres normas —*adecuación*, *legitimidad* y *acierto*— resulta pertinente, según Leenhardt, en relación con la lectura. Las tres regulan la relación del crítico con el texto, no concerniendo ninguna al lector. De donde deduce que el lector no se siente afectado en un principio por el texto. Esta idea, por paradójica que parezca, le resulta básica para comprender el fenómeno de la lectura por cuanto le lleva a afirmar que el lector se encuentra interesado esencialmente por la lectura.

Para sostener esta afirmación, Leenhardt ofrece los resultados de una encuesta sociológica de la lectura. El estudio que emprende junto a Józsa participa, a decir de sus autores, de la sociología de la cultura, de la de los valores y de la de la lectura, multiplicidad disciplinar que proviene de la complejidad de la experiencia estética que sirve de base empírica a la investigación, pues el hecho de leer una novela pone en juego necesariamente, dicen, la cultura entera, los sistemas de valores y las estrategias intelectuales frente al contenido de la misma.

La encuesta fue llevada a cabo de forma comparativa en París y en Budapest, siendo Józsa el responsable de la parte húngara y Leenhardt de la francesa. La encuesta constó de dos cuestionarios. El primero se refería a los hábitos de lectura (periódicos, revistas, libros), al interés por las categorías de los libros (ficción, información-documentación, pedagógicos), así como incluía una pregunta-test de títulos ficticios de libros. El segundo cuestionario se refería a dos novelas que Leenhardt y Józsa habían distribuido previamente a unos quinientos lectores voluntarios. Estas novelas fueron las tituladas *Les Choses. Une histoire des années soixante* (1965), de Georges Perec, y *Le Cimetière de rouille (moho)*, de E. Fejes, cuyo original húngaro apareció con el título de *Rozsdatemetó*, en 1963, resultando escogidas por el hecho de encontrarse ambas estrechamente relacionadas con las historias respectivas de los públicos que pretendían sondear. La

problemática de la novela francesa tenía que ver directamente con la sociedad de consumo tal y como comenzaba a conocerse, sociedad luego criticada a finales de esa década. La novela húngara, un fresco social, ponía en cuestión la realidad social de aquel país tal como aparecía en los años sesenta.

Una vez distribuidas las dos novelas en seis muestras de población urbana de París y de Budapest, los autores de la encuesta enviaron a cada uno de los lectores un cuestionario de 35 preguntas acerca del contenido del texto leído, la actitud de los personajes y la posición del autor, preguntas que los lectores pudieron responder por escrito o mediante entrevista. El resultado obtenido de la encuesta constituyó una masa considerable de comentarios sobre las dos obras. Los encuestadores debieron preservar el valor cualitativo de estos comentarios-respuestas y al mismo tiempo hacerlas comparables, esto es, traducirlas en enunciados simples sobre los que fuera posible efectuar una manipulación estadística. Se hizo necesario por su parte poder cuantificar cada tipo de respuesta, con objeto de poder sopesar cada parte de la muestra y poder así relacionarlas y diseñar los sistemas de respuestas. Asumiendo los riesgos de este proceder, Leenhardt y Józsa determinaron una vez conocidas las respuestas una media de diez tipos por cada una de las preguntas formuladas, con los que perseguían cubrir todas las respuestas efectivamente recibidas en los dos países a la vez. Leenhardt añade que, para el análisis final, los resultados obtenidos en las operaciones estadísticas fueron confrontados siempre con un relectura de los materiales originales, lo que les condujo a la reformulación de los enunciados-tipos e incluso algunas veces, al resultar una reformulación insuficiente, se vieron obligados a elaborar una segunda matriz o conjunto de +/- 10 enunciados-tipos para cada pregunta, cuyo eje semántico fuera diferente. El conjunto de estos enunciados-tipo fue analizado en función de los criterios de nacionalidad, edad, movilidad social en relación con los padres, nivel de estudios y pertenencia a un grupo socioprofesional. La encuesta proporcionó experiencias metodológicas que ponían de manifiesto la necesidad de conducir el análisis en las perspectivas cuantitativa, semántica e ideológica, lo que suponía a un tiempo tanto una crítica del empirismo reductor como el reconocimiento de su interés por confrontar su discurso a la difícil ley de la empiricidad.

A continuación, extraen algunas conclusiones y resultados en relación con los modos de lectura, a partir de la forma de las respuestas. Así, distinguen el *modo factual* o modalidad descriptiva, en la que prima el objeto; el *modo de identificación* de base emocional, propio del sujeto; y el *modo analítico-sintético*, en el que el punto de focalización es la relación lectora, lo que ofrece interesantes aspectos metadiscursivos. Pero, además, extraen la conclusión de la existencia de dos actitudes lectoras unidas a los modelos nacionales de relación con la literatura, predominando el *modo de base emocional* en Hungría y el *analítico* en Francia, ofreciéndose unas hipótesis interpretativas. Una vez explicadas las modalidades de lectura, el plano más general, introducen los parámetros de clase social y grupo socioprofesional y el objeto ficcional, ocupándose de lo

que llaman *sistemas de lectura*. Este instrumento de análisis, entre el de la generalidad de las modalidades lectoras y el de la especificidad de los contenidos de valor identificados por los lectores en las obras, se ocupa de las correlaciones de una serie de respuestas a una serie de preguntas. El *sistema de lectura* se caracteriza por la coherencia del lector en sus respuestas fundamentada en una visión del mundo, con las que trata de organizar el material ficcional dado. Una vez establecidos varios sistemas de lectura, los autores los someten a comparación y a interpretación global.

Finalmente, y en relación con esta experiencia, Leenhardt afirma que una sociología de la lectura emplea procesos que superan los esquemas deterministas y que debe permitir concebir el mensaje-texto como algo que nace en la lectura y por la lectura. La significación no precede desde fuera, ni atraviesa al texto, sino que emerge en el punto en el que se produce la lectura. Si puede decirse, afirma, que nuestros sistemas de lectura representan códigos, estos códigos no determinan la lectura, sino que es la lectura la que los produce. Es más, hay en la lectura misma por parte de los lectores interpretación de códigos que se producen colectivamente. Resulta evidente, señala, que los mismos códigos, y no sólo el texto, son objeto de manipulación en la lectura, lo que conlleva la necesidad de construir una noción más compleja de los lectores. Los códigos son establecidos, y consecuentemente manipulados, por entidades colectivas, por grupos culturales o sociales. Una vez que la lectura pone en juego los códigos (*sistemas de lectura*) a la misma vez que los textos, se obtiene lo que se llama «el lector» que es a la vez singular y plural. Y para subrayar su razonamiento anterior de que lo que le preocupa al lector no es el texto sino la lectura, afirma que la lectura es una actividad que implica todos los niveles de la cultura, al poner en juego el *conocimiento anterior* o adquirido del universo referencial del libro, de su problemática y de su historia; los *códigos de lectura* heredados de la tradición literaria, inducidos por el texto o cultivados por el grupo social; el *texto* en su aspecto semántico, sintáctico y retórico; al *individuo* en su principio de identidad, en sus estrategias de defensa y en su principio del placer; y las *jerarquías de valores*. A partir de aquí, puede comprenderse que coloque al lector en el lugar mismo de la lectura en el estudio emprendido, lectura cuyo proceso es a la vez individual y colectivo, sincrónico con la implicación de una comprensión diacrónica.

Como puede deducirse de lo expuesto, las aportaciones de Leenhardt y Josza son relevantes para un sociología de la lectura en efecto literaria, una actividad de conocimiento que enriquece otros análisis del fenómeno literario al proporcionar una vía de estudio de la lectura que trata de superar meras aproximaciones externas, encarándose el conocimiento de los efectos estéticos de la obra literaria como un problema sociológico, lo que incide en la pertinencia de esta vía de estudio. Así pues, frente al textocentrismo en sus manifestaciones múltiples y a otras limitadas aproximaciones al fenómeno literario teorías como la que

acabamos de conocer alimentan la interdisciplinariedad<sup>41</sup>, hoy por lo común reconocida, tal como señala Luzi en su artículo citado:

Puesto que el texto literario utiliza la lengua para conformarse en escritura y es reconocido como tal cuando el lector, atravesándolo, extrae su potencialidad polisémica, es indudable que la ciencia de los signos resulta fundamental para llevar a cabo un conocimiento histórico y una actualización textual; pero el lenguaje (también el caracterizado por lo simbólico y por lo imaginario, como lo es el literario), en tanto que sistema de signos de que el hombre se sirve para representarse, forma parte del esquema de las organizaciones sociales y puede, por lo tanto, ser objeto de investigación sociológica [...]. Una perspectiva metodológica capaz de moverse funcionalmente en las interconexiones entre semiología y sociología, presenta la ventaja de mantener abierta la problemática de lo específicamente literario en el ámbito restringido del objeto por definir y de situarla en una relación dinámica con el uso social que de él se hace<sup>42</sup>.

Pues bien, un modo de colaborar en el estudio de esa relación dinámica y uso social es el estudio de la lectura que vaya más allá del múltiple análisis del *¿Quién? ¿Qué? ¿Cuándo? ¿Por qué?*

<sup>41</sup> El trabajo de G. Fabre, *Pour une sociologie du procès littéraire (De Goldmann à Barthes en passant par Bakhtine)*, L'Harmattan, París, 2001, es una muestra más del intento actual de elaboración de una sociología de la literatura preocupada tanto por la obra misma como por su producción y recepción. En todo caso, propone emplear en su proyecto una sociología de la lectura que no se limite a estudios sociodemográficos de lectores, ni a seguir la evolución del consumo y del gusto literario, etc.

<sup>42</sup> A. Luzi, *op. cit.*, págs. 97-98.